

e
n
t
e
m
u

**APORTACIONES A CINCO SIGLOS DE LA
HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA**

**Evaristo Martínez-Radio Garrido
(Editor)**

Volumen XVII
Año 2013

UNED

ASTURIAS

Universidad Nacional de Educación a Distancia

ENTEMU

**APORTACIONES A CINCO SIGLOS DE LA HISTORIA
MILITAR DE ESPAÑA**

**Evaristo Martínez-Radio Garrido
(Editor)**

2013

Centro Asociado de Asturias

Vol. XVII

Gijón

Datos de catalogación bibliográfica

ENTEMU – 2013 – Volumen XVII

Aportaciones a cinco siglos de la Historia Militar de España

Evaristo Martínez-Radio Garrido (Editor)

UNED Centro Asociado de Asturias, Gijón, 2013

ISBN: 84-88642-16-4

ISSN: 1130-314X

Área: Universitarios

Formato: 148 x 210 mm

Páginas: 260

ENTEMU – APORTACIONES A CINCO SIGLOS DE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

Director

Mario Menéndez Fernández

Secretario

Luis Suero Menéndez

Editor

Evaristo Martínez-Radio Garrido

Fotografía

Asociación de Recreación Histórico Cultural de Asturias

Maquetación

Carlota Loureiro Arredondas

Redacción:

Entemu

Av. del Jardín Botánico 1345

33203-Gijón

ESPAÑA

ENTEMU – 2013

Edita: UNED Centro Asociado de Asturias

Depósito Legal: AS-1151-92

ISBN: 84-88642-16-4

ISSN: 1130-314X

Fotocomposición e Impresión: IMPRE-OFFSET

ÍNDICE

	<i>Página</i>
PRÓLOGO	1
PRESENTACIÓN	3
RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. J. – <i>El reclutamiento de asturianos para el ejército de Flandes durante el reinado de Carlos II</i>	7
MARTÍNEZ-RADÍO GARRIDO, E. C. – <i>Los prisioneros en el siglo XVIII y el ejemplo de la Guerra de Sucesión</i>	49
VÁZQUEZ CIENFUEGOS, S. – <i>Preparativos para la defensa de la isla de Cuba ante un ataque británico en 1808</i>	75
MARTÍNEZ-RADÍO GARRIDO, E. C. – <i>El ciudadano-combatiente, la ciudadanía y la Constitución de 1812</i>	101
GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P. – <i>El pensamiento militar antes y después de la Constitución de 1812</i>	125
ERICE SEVARES, F. – <i>Los asturianos ante la guerra de Cuba (1895-1898)</i>	147
RAMOS OLIVER, F. – <i>Las Guerras de Marruecos</i>	165
SEGURA GARCÍA, G. – <i>La guerra civil desde la perspectiva de la historia militar</i>	187

LA GUERRA CIVIL DESDE LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIA MILITAR

Germán Segura García

Ministerio de Defensa. Doctor en Historia.

Resumen:

El objeto de este artículo es hacer un recorrido somero por las principales campañas de la Guerra Civil española (1936-1939) para analizar aquellos aspectos militares, tanto desde el punto de vista táctico como del estratégico, que pueden ayudar a explicar la derrota del Ejército Popular de la República y el resultado final de la contienda. Para estudiar este episodio de la historia de España hemos recurrido principalmente a los testimonios de Manuel Azaña (Presidente de la República) y Vicente Rojo (Jefe del Estado Mayor Central de la República), que escribieron sus reflexiones sobre la guerra justo después de su conclusión y que fueron testigos de excepción de algunos de los acontecimientos que a continuación reseñamos.

Palabras clave:

Guerra Civil española, Historia militar, Principios de la guerra, Ejército Popular de la República, Vicente Rojo, Manuel Azaña

Abstract:

The aim of this article is to review the major campaigns of the Spanish Civil War (1936-1939) so as to discuss some military aspects, from both the tactical and strategic point of view, which may help to explain the defeat of the Popular Army of the Republic and the final outcome of the contest. In order to study this period of the history of Spain, we have mainly included the testimony of Manuel Azaña (President of the Republic) and Vicente Rojo (Chief of the Central General Staff of the Republic), who wrote their thoughts on the war right after its conclusion and who witnessed some of the events that are examined below.

Key words:

Spanish Civil War, Military History, Art of War, Popular Army of the Republic, Vicente Rojo, Manuel Azaña

1. Introducción

La Guerra Civil (1936-1939) constituye, sin duda, la circunstancia más traumática que experimentó el pueblo español durante la pasada centuria, un conflicto que ha sido profusamente historiado, con mayor o menor fortuna, por los especialistas de todas las tendencias y de todos los colores. Sin embargo, la opinión de los historiadores en relación a este sombrío episodio de la Historia de España ha sido relegada a un segundo plano,

ocultada tras el velo de furia y prejuicio que ofusca no tanto a los que sufrieron la guerra y sus consecuencias –cada día quedan menos– sino más bien a las personas que se consideran herederos de una de aquellas dos Españas escindidas ideológicamente y enfrentadas con una pasión cainita. Esta radicalización que padecemos ha sido obra de distintos agentes sociales, que han infundido en la ciudadanía, de forma harto irresponsable, una visión de los hechos que dista mucho de ser justa, adentrándose en una senda de difícil retorno. Más que la reconciliación, cosecha tardía de un pueblo maduro y consecuente con su historia, está renaciendo, ante el asombro de los más íntegros, aquel odio estéril que ya envenenó en el pasado nuestra sangre y que ha comprometido siempre nuestro futuro. Las soluciones maniqueas, esas que de forma sistemática nos están siendo inculcadas, nunca han ayudado a entender en toda su complejidad la Guerra Civil, un fenómeno que se resiste a quedar reducido a una simple cuestión de *buenos y malos*.

Si los historiadores más imparciales de nuestra guerra no gozan de mucho crédito entre una ciudadanía confusa intelectualmente por buena parte de la clase política y de los medios de comunicación, todavía tiene menos suerte el que se dedica a una de las facetas paradójicamente más subestimadas del conflicto: la Historia Militar. Los especialistas han analizado las causas políticas, sociales y económicas que condujeron a la lucha, sus consecuencias, las masacres de uno y otro bando, el papel de las potencias extranjeras... pero se ha pasado rápidamente por alto la guerra en el sentido estricto del término, de forma que suele ser poco lo que se conoce sobre la organización, las tácticas y las acciones militares llevadas a cabo por las fuerzas contendientes.

El estudio de la Historia Militar nos permite comprender mejor la naturaleza del conflicto, el desarrollo de las operaciones y la adaptación del ser humano a la violencia irracional de la guerra. Sólo al integrar el factor bélico dentro de la reflexión histórica podremos alcanzar una visión más completa y precisa de la guerra. Además, cuando profundizamos en las circunstancias de aquellas personas que se vieron arrastradas al conflicto, que combatieron honradamente por sus ideales y que, en ocasiones, se dejaron la vida, les estamos haciendo justicia y, al tiempo, cumplimos con nuestro deber de historiadores. El ser humano es el verdadero protagonista de la Historia y estamos convencidos de que el sacrificio de todos los que tomaron parte en nuestra Guerra Civil, sin importar la bandera que siguieron, debería servir de lección a las generaciones futuras para que hechos tan luctuosos y cruentos no se volvieran a repetir. Esperamos que algún día este deseo pueda ser una realidad.

2. Situación inicial y fuerzas enfrentadas

Iniciaremos nuestro trabajo analizando sucintamente el contexto español y la entidad de las fuerzas que entraron en lid. En vísperas de la guerra, España tenía una población cercana a los 25.000 millones de habitantes, de los cuales la mitad vivían en la fachada atlántica y mediterránea, y un cuarto del total en las capitales de provincia. Según el censo oficial de 1930, el último realizado antes de iniciarse el conflicto, las ciudades de Barcelona y Madrid rondaban el millón de habitantes, seguidas por Valencia y Sevilla, con 320.000 y

230.000 habitantes respectivamente¹. Las provincias con densidad de población más baja, inferior a 20 h/km², eran Cuenca, Teruel, Guadalajara, Huesca y Soria, esta última apenas con 15 h/km².

En cuanto a las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado, en 1936, había en el Ejército de Tierra aproximadamente 150.000 militares (34.000 de ellos en el Protectorado de Marruecos), en la Armada cerca de 12.000 entre oficiales y marinería, fuerzas a las que habría que añadir 34.000 guardias civiles, 15.000 carabineros y 17.500 guardias de asalto.

En julio de 1936 regía los destinos de España un gobierno republicano que había accedido al poder tras la victoria del Frente Popular (coalición de partidos de izquierdas) en las elecciones de febrero de ese año. Sin embargo, la progresiva radicalización política de la vida española había puesto a la República contra las cuerdas, asediada por fuerzas ideológicas de distinto signo. El general Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor Central de la República durante la guerra, resumió la situación con las siguientes palabras:

«Se encastillan los españoles en bandos antagónicos que anteponen los postulados de doctrinas partidarias a los principios elementales de convivencia nacional; (...) el concepto de fraternidad se ha substituido por el sistema del odio, que no se detiene ya en el hombre sino que entra, profundiza y ataca la familia y el Estado, y que perduró en toda nuestra contienda y aún después de ella»².

La división de la sociedad se reprodujo también en la institución militar, de cuyo seno surgió el golpe fallido de 1932, la Unión Militar Española (asociación pro-monárquica) y la Junta de Generales. Los militares conspiradores, liderados por el general Emilio Mola, preparaban en 1936 un golpe militar rápido y violento que derrocaria el gobierno de la República y redujera sin mayor problema a las fuerzas sociales contrarias al movimiento insurgente. El gobierno era consciente de la trama, pero las medidas que tomó para conjurarla no fueron eficaces. Aún así, las autoridades sorprendieron la tarde del 17 de julio los preparativos de una célula sediciosa en Melilla, dándose inicio a la sublevación (proyectada para dos días más tarde) y extendiéndose a la Península a partir del 18 de julio. Como escribió el presidente de la República, Manuel Azaña, «Lo que esperaban golpe rápido, que en 48 horas les diese el dominio del país, se convirtió en guerra civil, en la que inmediatamente se insertó la intervención extranjera»³.

La Guerra Civil fue el resultado de un fracasado golpe de Estado que ni fue simultáneo ni contaba en algunos lugares con el factor sorpresa. La insuficiente amplitud de la conjura y la indecisión de multitud de mandos intermedios, en un periodo del año en el que muchos soldados y mandos se hallaban de permiso, impidieron la consecución del triunfo completo y decisivo que esperaba Mola. El hecho de que parte del Ejército y de las Fuerzas

¹ Anuario de 1936, Fondo documental del Instituto Nacional de estadística.

² ROJO, V.: *España Heroica (Diez bocetos de la guerra española)*. Editorial Americalee, Buenos Aires. 1942, p. 31.

³ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España (Prólogo de Gabriel Jackson)*. Crítica, Barcelona. 2009, p. 31.

de Seguridad permanecieran leales a la República y se enfrentaran con los rebeldes condujo a la escisión de España entre dos bandos irreconciliables y al desencadenamiento de una cruenta guerra civil. Rojo apunta que: «Las instituciones armadas, como todas las del Estado, estaban divididas, e influidas por distintas tendencias. Fueron muchos los miembros del viejo Ejército regular que encontraron su deber al servicio del pueblo y del gobierno legítimo que aquél sostenía»⁴.

La sublevación había fracasado en los principales núcleos urbanos del territorio peninsular, mientras que los espacios norteafricano e insular (con la excepción de Menorca), la Meseta norte, Galicia, Cáceres, Navarra, Aragón y el sudoeste de Andalucía quedaban en manos de los rebeldes. El gobierno de la República mantenía en su poder las zonas más industrializadas, aunque la fachada cantábrica había quedado separada del resto de la España republicana. Sin embargo, no se supo aprovechar la ventaja inicial para aplastar el levantamiento y se tomaron una serie de medidas que acabaron por debilitar la capacidad de reacción de la República. En primer lugar, el presidente del gobierno, Santiago Casares Quiroga, decidió licenciar las tropas cuyos cuadros de mando se habían colocado contra la legalidad republicana, además de disolver todas las unidades militares sublevadas⁵. Estos dos decretos tan sólo fueron obedecidos en la zona controlada por el gobierno, de manera que la República se quedó en un primer momento sin soldados, que fueron desligados de la obediencia de sus jefes y abandonaron los cuarteles. Perdida momentáneamente la disciplina en la zona controlada por el gobierno, los recursos militares se esfumaron bajo la presión de un pueblo exacerbadamente. Como señaló amargamente Azaña: «Al comienzo de una guerra que se anunciaba terrible, las masas alucinadas destruían los últimos restos de la máquina militar, que iba a hacer tanta falta»⁶.

El 19 de julio, con José Giral como presidente del gobierno, se tomó la decisión de armar las milicias políticas y sindicales para oponerlas a las fuerzas sublevadas. El espíritu revolucionario de parte de las izquierdas inspiró graves desmanes en el territorio controlado por la República, dejándola en una situación de extrema debilidad y desacreditándola en el extranjero. Muchas personas y grupos consideraron que la guerra era una buena ocasión para ajustar definitivamente las cuentas pendientes con el Ejército o la Iglesia, y esta conducta fue la causa de la descoordinación e indisciplina que imperaron en las filas republicanas en los primeros meses. En palabras de Azaña:

«La amenaza más fuerte era sin duda, el alzamiento militar, pero su fuerza principal venía, por el momento, de que las masas desmandadas dejaban inerte al gobierno frente a los enemigos de la República. Reducir aquellas masas a la disciplina, hacerlas entrar en una organización militar del Estado, ha constituido el problema capital de la República»⁷.

El bando rebelde, al inicio de la guerra, contaba con las siguientes fuerzas: 55.000 militares (34.000 de los cuales se hallaban en África), 25.000 miembros de las Fuerzas de

⁴ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 42.

⁵ Gaceta de Madrid, Diario Oficial de la República núm. 201, de 19/07/1936, p. 724.

⁶ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 71.

⁷ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p.31.

Seguridad (entre guardias civiles, carabineros y guardias de asalto), además de 70.000 milicianos, principalmente falangistas y carlistas. Las fuerzas leales a la República sumaban 40.000 militares (la mayoría, como hemos visto, licenciados), 30.000 miembros de las Fuerzas de Seguridad y 150.000 milicianos. En cuanto a la aviación, que tendría un papel importante en la contienda, la República tenía en su poder 188 aparatos y la mayoría de los pilotos. Sin embargo, muchos de éstos fueron acusados de apoyar la rebelión y huyeron o fueron encarcelados. De esta manera, los sublevados sumaron 90 aviadores más a sus ya 160 iniciales, para un centenar de aparatos, mientras los republicanos se quedaron con 162 pilotos. En la Armada ocurrió otro tanto, estando en posesión del gobierno la parte principal de la flota y todos los submarinos. Sin embargo, las tripulaciones habían abortado los conatos de sublevación de sus oficiales y mataron a muchos de éstos, de forma que las naves estuvieron inicialmente en manos de un personal poco cualificado, hecho que conllevó la inoperatividad inicial de la Armada republicana. Por último, la ayuda internacional se concretó en la llegada de contingentes de tropas y partidas de material que, en términos totales, estuvo muy equilibrada en ambos bandos, aunque el sublevado contó con un apoyo más decidido y continuo de Alemania e Italia, mientras que la República, al no poder acudir a las potencias democráticas que habían consignado el Pacto de no-intervención, tuvo que buscar la cicatera ayuda soviética: «Durante todo el curso de la guerra, la afluencia de material comprado en la URSS ha sido siempre lenta, problemática y nunca suficiente para las necesidades del ejército»⁸. El gobierno republicano contó con las Brigadas Internacionales (50.000 hombres), reclutadas por el Partido Comunista, y recibió armamento principalmente de la URSS, Francia y México. Para auxiliar a los rebeldes, Mussolini destacó a España el Cuerpo de Tropas Voluntarias italiano (CTV) fuerte en 35.000 hombres, mientras que Hitler envió los aviadores y personal de tierra de la Legión Cóndor (5.000 hombres). En cuanto al material, italianos, alemanes y algunas empresas norteamericanas auxiliaron al bando rebelde durante toda la guerra.

El 9 de septiembre de 1936, se constituyó en Londres un Comité para vigilar el cumplimiento del Pacto de no-intervención y evitar la internacionalización del conflicto español. Sin embargo, ciertas potencias signatarias (en especial, Italia, Alemania y la URSS) siguieron alimentando la guerra, mientras las democracias, que podían haberse alineado con el gobierno republicano, intentaron mantenerse al margen para evitar la escalada bélica en el continente. Azaña criticó la ineficacia de esta política de no-intervención: «Realmente, lo peor del Comité de Londres, no fue que existiera, sino su fracaso. Implantada en teoría la no-intervención, lo más deseable, lo más útil, era que el Comité cumpliera efectivamente la misión oficial que le habían asignado, hasta acabar con la acción, en todas sus formas, de los extranjeros en España»⁹.

3. Síntesis de las principales operaciones y batallas

El plan del general Mola consistía en hacer converger sobre Madrid, centro del poder político, cuatro columnas militares provenientes de Valencia, Zaragoza, Burgos y Valladolid.

⁸ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 49.

⁹ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 42.

Sin embargo, al adelantarse el golpe de Estado y fracasar en la zona levantina, sólo se pudieron destacar tres columnas pobremente equipadas que no llegaron a cruzar el Sistema Central. El gobierno republicano, tras hacerse con el control de la capital, fue capaz de barrearse el paso en la montaña con las milicias y las pocas unidades militares que pudo constituir. Sin embargo, en Andalucía, el general Queipo de Llano tuvo un éxito inesperado al hacerse con el control de Sevilla y, posteriormente, con el resto de capitales andaluzas exceptuando Jaén, Málaga y Almería. Al otro lado del Estrecho, el general Franco tenía bajo su mando las tropas más preparadas del Ejército, dispuestas a cruzar a la Península para inclinar la balanza hacia los sublevados. La ayuda alemana fue vital en este punto, al ceder aviones con los que se pudo habilitar un puente aéreo que permitió pasar a Andalucía 15.000 hombres en los primeros dos meses del conflicto.

Mientras tanto, en la zona republicana se habían formado heterogéneas columnas de milicianos que desde las principales ciudades (en especial, Barcelona y Valencia) marchaban en busca del enemigo hasta ser detenidas a las puertas de Córdoba y de las tres capitales aragonesas, donde se consolidó el frente. Por otro lado, la Generalitat de Cataluña enviaba por su cuenta y riesgo una infructuosa expedición para recuperar Mallorca, y el gobierno de Madrid intentaba ampliar su zona de control ocupando Guadalajara y Toledo. El gran error estratégico cometido por la República en los primeros meses del conflicto fue no oponer una mayor resistencia en el Estrecho, aunque la superioridad aérea estaba en manos de los sublevados.

Concentrado el Ejército de Marruecos en Andalucía, Franco decidió avanzar rápidamente hacia Madrid apoyando su flanco izquierdo en la frontera portuguesa y desechando la ruta directa por Despeñaperros, donde le esperaba el general Miaja con fuerzas leales a la República. La progresión por Extremadura de las columnas rebeldes se hizo con rapidez, a pesar de la resistencia encontrada en Badajoz y Mérida, enlazando al sur de Cáceres con las fuerzas de Mola y llegando a las proximidades de Talavera a finales de agosto. Deshechas las tropas republicanas en el valle del Tajo, Franco optó por socorrer el Alcázar de Toledo, donde aún resistía un grupo de sublevados, en lugar de avanzar directamente sobre Madrid. El papel decisivo que había tenido el general Franco al recabar la ayuda germano-italiana (negociada personalmente), al aportar la principal masa de maniobra de los rebeldes (el Ejército de África) y al llevar a cabo la liberación del Alcázar (que tuvo un gran impacto mediático a nivel internacional), le granjearon el nombramiento, por parte de la Junta de Defensa Nacional, de Generalísimo de las fuerzas sublevadas y jefe del gobierno del Estado español (29/09/1936). En el bando republicano, Francisco Largo Caballero sustituyó a José Giral (05/09/1936), asumiendo personalmente la dirección político-militar de la guerra y la creación del Ejército Popular de la República a base de la militarización de las milicias. Por aquel entonces, las ofensivas republicanas no habían tenido los resultados apetecidos en ninguno de los frentes de combate, en especial, en la zona cantábrica, donde Mola había conseguido cerrar la frontera vasco-francesa y fuerzas sublevadas seguían resistiendo en Oviedo. Sin embargo, la tarea más importante para la República radicaba en la defensa de Madrid, amenazada de cerca por las tropas del general Franco.

La batalla por Madrid sería el primer gran enfrentamiento de la Guerra Civil, un combate de carácter urbano en el que las tropas republicanas, en un clima psicológico con

tintes numantinos, consiguieron frenar el avance de las columnas rebeldes (desde el 01/10/1936, fuerzas del Ejército Nacional) en los suburbios de la ciudad, donde quedó estabilizado el frente durante toda la guerra. La llegada providencial de las primeras Brigadas Internacionales y de las columnas de milicianos anarquistas, unido a la movilización de los voluntarios madrileños y a la recomposición de las unidades que habían venido retrocediendo desde Talavera y Toledo, lograron lo que parecía imposible, si bien las tropas nacionales llegaban exhaustas a la ciudad y estaban lejos de sus bases logísticas. Los primeros aviones y carros de combate soviéticos empezaron a entrar en acción, mientras la Junta de Defensa de Madrid, dirigida por el general Miaja, asumía el mando único en la capital. La Legión Cóndor alemana también hizo acto de presencia, pero las fuerzas nacionales no pudieron progresar dentro del casco urbano y sólo pudieron poner pie en la Ciudad Universitaria. El 23 de noviembre, tras más de dos semanas de duros combates, Franco ordenó suspender la ofensiva a la espera de poder concentrar nuevos contingentes. La resistencia de Madrid, según Azaña, fue un acto del todo inesperado al realizarse en condiciones militares lastimosas: «A todo suplió el entusiasmo de los combatientes, tropas voluntarias, poseídas de un espíritu exaltado hasta el paroxismo, seguras de la victoria. A fuerza de arrojo, de buena voluntad, muchas veces de heroísmo, hicieron cosas utilísimas para la defensa, y como no había otras mejor pensadas y ejecutadas, eran insustituibles»¹⁰.

Después de dar un respiro a sus tropas, Franco volvió a ordenar el ataque sobre Madrid, aunque esta vez se dio mayor amplitud a la maniobra tratando de envolver la ciudad por el noroeste. A finales de 1936, las fuerzas nacionales iniciaron el avance hacia la carretera de La Coruña, que interceptaron parcialmente, hasta quedar detenidas en el monte del Pardo. Un mes más tarde, en febrero de 1937, se desencadenó una nueva ofensiva para tratar de cortar por el sur la carretera de Valencia, línea principal de abastecimiento de la capital. La batalla del Jarama fue un banco de pruebas del material recientemente adquirido por ambos bandos, en especial la aviación, dando lugar a una guerra de desgaste que causó un enorme número de bajas y donde el nuevo Ejército Popular demostró ser capaz de afrontar en campo abierto a un enemigo más maniobrero. Según Rojo:

«En el aspecto táctico fue la primera batalla de material librada en nuestra guerra: ataques preparados y apoyados muy potentemente con un rigor técnico y un verdadero derroche de medios materiales, jugando los tanques especialmente un papel extraordinariamente útil. (...) Pero la técnica y el armamento se estrellaron contra la firme decisión de defender el terreno; la batalla había carecido de arte en todo su desarrollo, limitándose a un bárbaro forcejeo»¹¹.

Por las mismas fechas que se combatía en el Jarama, las fuerzas republicanas en Asturias lanzaban sin éxito una ofensiva sobre el Nalón con el fin de cortar el corredor que enlazaba Oviedo con las tropas nacionales provenientes de Galicia. El CTV italiano, mientras tanto, llevó el esfuerzo principal en la reducción de Málaga antes de ser enviado al norte

¹⁰ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 75.

¹¹ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 31.

para tomar parte en otro ataque nacional sobre Madrid. La batalla de Guadalajara, en marzo de 1937, fue el fracaso más estrepitoso del Ejército Nacional durante la guerra. El objetivo era embolsar Madrid combinando un ataque por el sudoeste (Jarama) con otro por el nordeste (Guadalajara). Sin embargo, la maniobra no se pudo ejecutar de forma simultánea y la ofensiva italiana empezó cuando la batalla del Jarama había terminado. Por otro lado, los italianos, envalentonados por su éxito en Andalucía, subestimaron la capacidad de resistencia del Ejército Popular y no evaluaron el terreno donde se iba a efectuar el avance. La carencia de buenos caminos para las unidades motorizadas italianas, unido al mal tiempo, que dificultó los apoyos aéreos, y la firme reacción republicana neutralizaron el ataque de los nacionales, provocando la retirada de los italianos y el fin de la ofensiva.

Desde el principio de la guerra, los nacionales habían concentrado su esfuerzo militar sobre Madrid, principal objetivo estratégico, sin ningún resultado práctico ya que las unidades del Ejército Popular que se encontraban en la capital de España eran las más aguerridas de la República. Por otro lado, el enfrentamiento entre anarquistas y comunistas en Barcelona se acabó saldando con la dimisión del presidente del gobierno, sustituido por Juan Negrín, y con la disolución del Ejército de Cataluña, que no había estado bajo control del Estado Mayor republicano. En la primavera de 1937, tras los reveses en Guadalajara y Pozoblanco (intento de socorrer el Santuario de Santa María de la Cabeza), Franco optó por trasladar su esfuerzo principal al norte para proceder a la reducción de la zona vasco-cantábrica. El Ejército de Euskadi, independiente del Ejército Popular, había intentado recuperar Vitoria en noviembre de 1936, mientras Mola, escaso de fuerzas, se había contentado con contener al enemigo en la línea del Deva. Reforzado con tropas y material, Mola inició la ofensiva a finales de marzo de 1937, rompiendo el frente de Vizcaya y avanzando decididamente hacia Bilbao, donde le esperaba una línea de fortificaciones conocida como *Cinturón de Hierro*. Al objeto de paralizar el avance nacional en el norte y obligarle a atender otros frentes, el Ejército Popular desencadenó en junio las ofensivas de La Granja y de Huesca. Estas acciones no impidieron la caída de Bilbao (19/06/1937), que la República quiso contrarrestar inmediatamente con una gran ofensiva en el frente de Madrid que dio lugar a la batalla de Brunete: «La situación en el Norte era cada vez más grave; no había más remedio, para evitar la caída de aquel teatro de operaciones, que operar enérgicamente en el nuestro a fin de obligar al adversario a retirar de aquél tropas y medios de los que utilizaba en su ofensiva»¹².

En Brunete, las fuerzas republicanas tenían como objetivo levantar el cerco de Madrid, embolsando por el sur a las tropas nacionales próximas a la capital. La fase ofensiva duró diez días, tras los cuales, las unidades del Ejército Popular quedaron detenidas por la tenaz resistencia del enemigo y el sol abrasador. El Ejército Nacional contraatacó inmediatamente y consiguió recuperar la localidad de Brunete, hasta la conclusión de la batalla por agotamiento de ambos contendientes. En paralelo, y al objeto de distraer fuerzas nacionales de otros frentes, los republicanos también llevaron a cabo ofensivas limitadas en Jaén, Extremadura y Albarracín.

¹² ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 101.

Tras la batalla de Brunete, el Ejército Nacional reinició el avance por Cantabria, que los republicanos respondieron con la batalla de Zaragoza en un intento de paralizar de nuevo las operaciones en el norte. El Ejército Popular, organizado en dos masas de maniobra, ejecutó una ofensiva al norte y al sur del Ebro para envolver y rendir la capital aragonesa. Sin embargo, la maniobra norte apenas alcanzó el río Gállego, mientras que la sur, ralentizada por la enconada resistencia encontrada en Belchite, tampoco tuvo la suficiente profundidad y quedó frenada lejos del objetivo. De poco sirvió este ataque ni el llevado a cabo al norte de Huesca, ya que los nacionales ocuparon Santander a finales de agosto y, tras reducir Asturias dos meses más tarde, completaron la conquista de la fachada cantábrica.

A finales de 1937, el Ejército Nacional podía concentrar todo su potencial militar sobre Madrid o escoger cualquier otro punto del frente. Sin embargo, el Estado Mayor Central de la República, dirigido por el general Rojo, se adelantó a los planes de Franco y proyectó una ofensiva que permitiera suspender la acumulación de medios nacionales frente a Madrid y facilitara un éxito que elevara la moral del Ejército Popular. La batalla de Teruel se desarrolló a lo largo de un pronunciado y estrecho saliente que terminaba en la ciudad aragonesa, bajo condiciones atmosféricas extremas y sobre un terreno accidentado y mal comunicado. Cercada en los primeros días de la ofensiva, Teruel cayó en manos republicanas antes de que Franco pudiera reaccionar con energía. Pero el triunfo inicial del Ejército Popular se vio pronto empañado por la avalancha de fuerzas nacionales que se desplazaron hacia el este dando lugar a intensos combates en torno a la ciudad y a la subsiguiente batalla del Alfambra, que terminó con la recuperación de la ciudad por las tropas de Franco. Balanceado todo el Ejército Nacional hacia el Mediterráneo, sus unidades de refresco no dieron reposo a un exhausto Ejército Popular que se vio compelido a ceder mucho terreno en la cuenca del Ebro. A mediados de abril de 1938, las fuerzas nacionales situaban el frente en el Segre y llegaban al mar en Vinaroz, consumando la división del territorio de la República en dos: «El resultado [de la llamada batalla de Aragón] fue victorioso para el bando nacional y aseguró de un modo rotundo el resultado final de la contienda. Esta enorme operación ejecutada entre el Pirineo y las últimas estribaciones del Maestrazgo es sin duda la maniobra de mayor envergadura ejecutada en la Guerra de España»¹³.

Mientras las fuerzas republicanas se reorganizaban en dos grupos de Ejército, el oriental o GERO (en Cataluña) y el central o GERC (en el resto de la Península), Franco decidía continuar la ofensiva hacia Valencia en lugar de Cataluña, quizás con la intención de dar reposo a las unidades que combatían en el Ebro. Cuando parecía que ya nada podría contener el avance nacional, las tropas del GERC, apoyadas en la aspereza del terreno y contraatacando poderosamente, acabaron por frenar la ofensiva, primero en la línea del Mijares (junio) y luego al norte de Sagunto (julio):

«La batalla de Levante cierra un largo proceso de reveses republicanos que comenzaron a ser reconquistado Teruel por el enemigo y que no se interrumpieron durante cinco meses, sin que fuese posible a nuestras tropas reaccionar victoriosamente en tan largo

¹³ ALONSO, L. - MARTÍNEZ-KLEISER, L.: *Introducción a la Historia Militar. Siglo XX (1900-1939)*. Academia General Militar de Zaragoza. 1988, p. 793.

período, debido a la penuria de medios y a la imposibilidad de tomar la iniciativa en ningún frente»¹⁴.

Al norte del Ebro, unidades del GERO intentaron sin éxito recuperar las centrales hidroeléctricas del Noguera Pallaresa y contactar con la bolsa de Bielsa, donde había quedado incomunicada una división (la 43 republicana) que no tuvo más remedio que pasar a Cataluña a través de Francia. Sin embargo, una operación de mayor envergadura se estaba fraguando en la orilla norte del Ebro y que daría lugar a la batalla más decisiva de la guerra. El día de Santiago de 1938, el GERO cruzaba el río en un frente entre Fayón y Cherta para profundizar hacia el sur y tratar de contactar con el GERC al norte de Valencia. El cruce masivo de cerca de 100.000 republicanos sorprendió inicialmente a las fuerzas nacionales, que cedieron terreno hasta posicionarse firmemente en torno a Gandesa. Contenida la primera embestida, Franco desplazó sus fuerzas hacia el Ebro con el fin de aprovechar la delicada posición del GERO (con un río caudaloso a sus espaldas) para destruirlo. Desde la segunda semana de agosto, las tropas nacionales pasan a la ofensiva, primero atacando las alas republicanas, al norte de Fallón y en la sierra de Pàndols, después realizando ataques frontales a lo largo del valle del Sec, al norte de Gandesa, y por último, apoderándose de la sierra de Cavalls. Este último envite, cuando ambos ejércitos habían llegado al borde de la extenuación, provocó el desplome de las unidades republicanas, que debieron recuzar el Ebro dejando atrás buena parte del material y 20.000 prisioneros.

«Fue la batalla del Ebro una pelea cruentísima; un combate que se libró durante tres meses y medio con breves intermitencias en tierra y sin ellas en el aire; una batalla de material, en la que jugaron, en frentes estrechos y con una potencia arrolladora, todas las armas e ingenios de guerra, excepto los gases; una pugna en la que se batían las tropas de choque propias y enemigas de mejor organización y de más sólida moral; una lucha desigual y terrible del hombre contra la máquina, de la fortificación contra los elementos destructores, de los medios del aire contra los de tierra, de la abundancia contra la pobreza, de la terquedad contra la tenacidad, de la audacia contra la osadía, y también, justo es decirlo, del valor contra el valor, y del heroísmo contra el heroísmo, porque, al fin, era una batalla de españoles contra españoles»¹⁵.

Tras la batalla del Ebro, el GERO ya no pudo contener en Cataluña el avance victorioso del Ejército Nacional: Barcelona fue ocupada sin combate el 26 de enero de 1939 y, dos semanas más tarde, las tropas de Franco obligaban al resto de unidades republicanas a cruzar la frontera francesa. De poco sirvieron las líneas defensivas proyectadas por Rojo ni las acciones de distracción llevadas a cabo en Extremadura y Brunete; el GERO ya no se repondría del desastre, mientras que el GERC se encontraba en proceso de reorganización para quedar en manos de destacados militares del Partido Comunista, partidarios de la resistencia a ultranza. Sin embargo, el general Miaja y el coronel Casado constituyeron un Consejo Nacional de Defensa para tratar de negociar una capitulación que no querían los comunistas y que acabó desencadenando la lucha intestina en Madrid. Descompuesta la

¹⁴ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p.149.

¹⁵ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., pp.181-182.

República, Franco ordenó el avance en todos los frentes y ocupaba sin apenas resistencia la zona republicana, dando la guerra por concluida el 1 de abril de 1939.

4. Aplicación de los principios de la guerra

Al objeto de analizar la Guerra Civil desde una perspectiva militar, de examinar de cerca las operaciones militares desarrolladas por ambos bandos, sus aciertos y deficiencias, hemos de adentrarnos en el campo de la Estrategia y de la Táctica, dos conceptos interrelacionados, pero que pueden y deben diferenciarse.

Por Estrategia entendemos el planeamiento y la conducción de las operaciones militares de un ejército al más alto nivel, incluido el político, con la finalidad de alcanzar la paz mediante la fuerza de las armas. Según Rojo, la Estrategia «coordina acciones, problemas, necesidades y fines de significado más permanente que accidental, y de índole política, económica y militar, aplicándolos al fin general de llegar a la paz por la victoria de las armas... Prepara y monta la decisión de la lucha [y], en la guerra de nuestros días, se halla estrechamente condicionada por la Política»¹⁶.

Mientras la Estrategia es especulativa, la Táctica es práctica, coordina realidades y ejecuta posibilidades concretas para conseguir el triunfo en el campo de batalla, sin conocer, al menos teóricamente, la influencia de la política: «La Batalla es para la Estrategia un medio, mientras que para la Táctica es lo esencial de su actividad»¹⁷.

Una vez señalada esta distinción, que más adelante irá reapareciendo en nuestro discurso, debemos introducir unos principios que son fruto de la experiencia guerrera adquirida por el hombre a lo largo de la historia y de cuya aplicación depende en gran medida el éxito de las operaciones militares. La Doctrina actual de las Fuerzas Armadas españolas define los principios fundamentales del arte militar como «conceptos básicos y generales que se apoyan en verdades confirmadas que rigen de una manera permanente las acciones victoriosas de los ejércitos, según se desprende del examen de la historia. Conocerlos no es suficiente para lograr el éxito, pero ignorarlos es, a menudo, suficiente para el fracaso»¹⁸. Dichos principios fundamentales son: voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución.

4.1. Voluntad de Vencer

Según la actual Doctrina española, «la voluntad de vencer debe entenderse como el firme propósito del mando y de las tropas de imponerse al adversario y cumplir la misión en cualquier situación por desfavorable que ésta sea. Implica fe en el triunfo, tenacidad para alcanzarlo y actividad insuperable en la ejecución. Se basa en los valores morales que

¹⁶ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra*. Ministerio de Defensa. Madrid. 1988, p. 27.

¹⁷ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra...*, ob. cit., p. 27.

¹⁸ Mando de Adiestramiento y Doctrina (DIDOM): *Empleo de las Fuerzas Terrestres*. Ministerio de Defensa. Madrid. 2011, p. 3-1.

constituyen el primordial exponente de la valía de un ejército»¹⁹. El general Rojo la definía como «el deseo permanente de batirse e imponerse, dominando la voluntad adversaria por el triunfo y a cualquier precio»²⁰, y consideraba manifestaciones de este principio la iniciativa, la audacia y la actividad.

Durante la Guerra Civil, el Ejército Nacional mantuvo en todo momento una actitud predominantemente ofensiva, dirigiendo enérgicamente sus tropas hacia los objetivos establecidos y buscando siempre la aniquilación de las fuerzas enemigas. El general Franco se erigió tempranamente en mando único (Generalísimo de los Ejércitos desde finales de septiembre de 1936), dominando las discrepancias entre las heterogéneas fuerzas políticas que apoyaron la rebelión contra la República (en especial, carlistas y falangistas) y dejando la conducción de las operaciones militares en manos de profesionales. El respeto a la jerarquía militar y la observación de la disciplina fueron los pilares en los que se sustentó la potencia moral del Ejército Nacional, unas tropas tenaces y muy sufridas, concentradas en destruir al enemigo y convencidas de la victoria. Los nacionales dispusieron de una buena reserva de oficiales, y las carencias fueron eficientemente suplidas con los mandos subalternos que el sistema de alféreces provisionales pudo proporcionar. Incluso sus milicias estuvieron en todo momento bajo el mando de oficiales profesionales y su integración en el ejército fue más sencilla que en el bando republicano. A nivel estratégico, los nacionales tuvieron relevantes aciertos al inicio del conflicto como fueron el paso del estrecho, el cierre de la frontera vasco-francesa y la liberación del Alcázar de Toledo. El rápido alineamiento con Italia y Alemania, unido a la transigencia de las potencias democráticas y al deterioro de la imagen de la República a nivel internacional, fueron factores psicológicos que Franco supo aprovechar, tan determinantes como la moral de victoria que siempre cultivó entre sus tropas.

El gobierno de la República no aplicó este principio fundamental, al menos a nivel estratégico, con tanta contundencia como el bando nacional. Las ofensivas republicanas, aún realizadas tácticamente con firmeza, solían tener una finalidad defensiva o de carácter dilatorio, incluso se desencadenaron muchas veces con el objeto de distraer fuerzas nacionales de otros frentes más activos. La República no se dotó de un centro conjunto de toma de decisiones militares hasta mediados de 1937 (creación del Estado Mayor Central) y no declaró el Estado de Guerra hasta enero de 1939, como si no quisiera aceptar la realidad del conflicto ni actuar con la energía política que tal situación precisaba. El mando único fue respetado tardíamente, si bien el Ejército de Euskadi actuó siempre de forma independiente, al igual que el de Cataluña hasta el momento en que fue integrado en el Ejército Popular por el gobierno de Negrín. La República trató de jugar la baza de una conflagración bélica a nivel europeo entre democracias y fascismos, más que concentrar todos sus esfuerzos en sofocar por las armas la rebelión. Ante los primeros fracasos producto de la improvisación y de la multiplicidad de intereses, el desánimo ganó influencia en la retaguardia republicana, debilitando gravemente la capacidad ofensiva y la moral de su ejército. Indalecio Prieto, Ministro de Defensa en mayo de 1937, achacó la pérdida de la zona cantábrica, entre otros motivos, a la conducta errónea de la retaguardia, a la

¹⁹ DIDOM: *Empleo de las Fuerzas Terrestres...*, ob. cit., p. 3-2.

²⁰ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra...*, ob. cit., p. 72.

intromisión de la política en lo militar, a los recelos hacia los mandos profesionales y al excesivo número de soldados en funciones no-combativas. En abril de 1938, según Azaña, «las posiciones extremas eran: resistir es vencer; la resistencia es la única política posible; o bien: la guerra está perdida; aprovechemos la resistencia para concertar la paz»²¹.

La política dilatoria fue un verdadero fracaso. Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia no querían que la guerra se extendiera al continente y se mostraron excesivamente generosos frente a las ambiciones de la Alemania nacionalsocialista. Hitler movió sus peones de forma calculada para no anticipar la guerra mundial, utilizando el conflicto español para poner a prueba sus materiales, ensayar tácticas y conseguir recursos económicos para su industria militar. Los soviéticos, por otro lado, también enviaron armamento y asesores militares a España para dar alguna consistencia al Ejército Popular. A pesar del esfuerzo realizado para crear un ejército maniobrero y combativo, sólo se pudo conseguir poner a punto algunas unidades realmente operativas y todas sufrieron la intromisión política (figura del Comisariado²²) incluso en decisiones tácticas que incumbían sólo a los profesionales. En estas condiciones, la moral de combate del Ejército Popular sufrió un decaimiento progresivo que tuvo su punto más bajo a partir de la batalla del Ebro, el último gran esfuerzo republicano por alargar la guerra y enlazar con la mundial. Según Azaña, el problema radicó en que la República, a diferencia de su ejército, nunca realizó ni quizás nunca pudo realizar el esfuerzo supremo que se precisaba para ganar militarmente la guerra, es decir, no tuvo la necesaria voluntad de vencer: «El Estado Mayor –decían– asegura que se puede ganar la guerra. Se omitía lo más importante: ¿estamos en condiciones de hacer lo que el EM cree necesario para ganarla? Eso era todo el problema»²³.

4.2. Libertad de acción

Siguiendo con la Doctrina, «la libertad de acción es la posibilidad de decidir, preparar y ejecutar los planes a pesar de la voluntad del adversario. El mando procurará conservarla a todo trance y, si la pierde, tratará de recuperarla lo antes posible utilizando todos los medios a su alcance. El arte militar consiste fundamentalmente en una lucha por alcanzar la libertad de acción. Reposa sobre la capacidad de conocer al adversario, el entorno y los medios propios»²⁴. El general Rojo considera que la libertad de acción consiste en disponer de tiempo y espacio para decidir y obrar, y la engloba dentro de un principio superior al que llama *sorpresa*, en el sentido de «acción inesperada que obra sobre la moral enemiga, deprimiéndola y favoreciendo la destrucción, o sobre las fuerzas organizadas, en condiciones de forma, situación o tiempo que facilitan la victoria sobre un enemigo potencialmente más fuerte»²⁵.

²¹ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 137.

²² CASTILLO, F.: "La figura del Comisariado político en la Guerra Civil española". En *Aproximación a la Historia militar de España*, vol. 2. Ministerio de Defensa, Madrid. 2006, pp. 651-667.

²³ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 140.

²⁴ DIDOM: *Empleo de las Fuerzas Terrestres...*, ob. cit., p. 3-2.

²⁵ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra...*, ob. cit., p. 75.

El bando nacional siempre contó con una superioridad estratégica que le granjeó la libertad de acción necesaria para llevar a cabo sus planes. Franco y sus generales tenían claros los objetivos militares y tuvieron tiempo y medios para ejecutar las operaciones proyectadas. El fracaso ante Madrid conllevó la búsqueda de otros frentes donde decidir la suerte de la guerra, sin que los republicanos consiguieran poder llevar en ningún momento la iniciativa estratégica. Aún así, a nivel táctico, el Ejército Popular hizo una buena utilización del factor sorpresa, desencadenando ofensivas que cogieron desprevenidos a los nacionales, aunque la ejecución de las mismas careció de continuidad en el esfuerzo (Teruel y Ebro) o no se realizó con toda la energía que requerían (Brunete y Zaragoza). El Ejército Popular había demostrado que podía resistir en frentes apoyados en obras defensivas y sacar el máximo partido del terreno, como fue el caso de Madrid, pero en la guerra siempre es necesario maniobrar para combatir y, por ello, el general Rojo puso gran interés en formar e instruir unidades que fueran capaces de ejecutar los movimientos ofensivos planeados por el Estado Mayor: «Nuestro hombre había probado ya que sabía resistir y contraatacar en acciones de limitado alcance. Pero para poder operar ofensivamente era necesario algo más: en la tropa una instrucción ofensiva y una aptitud maniobrera de que carecía; en los Mandos una preparación de que también carecían por ser en su mayor parte improvisados»²⁶. Precisamente, uno de los problemas del Ejército Popular fue la escasa preparación y la falta de iniciativa de los mandos subalternos:

«La raíz del mal era la falta de cuadros de mando. El gobierno los fabricaba en serie porque la guerra consumía muchos. La celeridad en formarlos cedía en menoscabo de la calidad. No por falta de valor sino de preparación. En ese aspecto, el ejército era una masa sin esqueleto. El resultado tenía que ser desastroso. (...) El arrojo personal, o ciertas dotes de mando, no bastan para ponerse al frente de una gran unidad o de un ejército en campaña»²⁷.

Los oficiales profesionales leales a la República fueron considerados sospechosos desde el primer momento y fueron, sin duda, menos favorecidos que los procedentes de milicias o de nueva creación. Además, dada la indisciplina de los milicianos, todos los mandos se hallaban en una situación difícil: «Su autoridad no siempre era acatada. Tenían que convencer a sus subordinados para que cumpliesen las órdenes. Y tener mucho cuidado para no incurrir en sospecha de deslealtad. Si la tropa se desbandaba, o desobedecía, o cumplía mal alguna orden, el jefe no podía ser riguroso con ella»²⁸.

El Ejército Nacional, por su lado, preservó en todo momento la cohesión de las unidades y fomentó el espíritu audaz de sus tropas, explotando al máximo cualquier posibilidad de éxito que pudiera presentarse, como por ejemplo en la carrera hacia el mar Mediterráneo. Aunque sorprendido por algunas ofensivas del enemigo y obligado a combatir en tiempo y lugar inesperados, supo adaptarse rápidamente a las nuevas

²⁶ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 100.

²⁷ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., pp. 78-79.

²⁸ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 74.

circunstancias y resolver bien las amenazas planteadas. También, y no menos importante, tuvo pocas fallas en materia de seguridad, a diferencia de los republicanos, minados por las acciones quintacolumnistas²⁹ y por las constantes filtraciones de información.

4.3. Capacidad de ejecución

Por último, «la capacidad de ejecución es la facultad de saber determinar y adecuar los medios y su forma de empleo a las misiones asignadas, estableciendo los planes necesarios para el desarrollo de las operaciones, ejecutándolos de la forma prevista y modificándolos en función de los cambios que la situación aconseje»³⁰. Rojo llama a este principio *acción de conjunto*, que define como «la disposición, manejo y aplicación combinada y coordinada de los medios de acción en condiciones de crear la superioridad sobre el adversario»³¹.

Las operaciones militares proyectadas por el Estado Mayor Central se realizaron de acuerdo con los medios que dispuso en cada momento el Ejército Popular. Sin embargo, las ofensivas republicanas adolecieron de falta de empuje, deteniéndose el avance con demasiada facilidad en los núcleos de resistencia enemigos y sin alcanzar completamente los objetivos tácticos. Las unidades republicanas, salvo contadas excepciones, se mostraron incapaces de explotar el éxito inicial que era producto de la sorpresa de su embestida, como ocurrió en la ofensiva sobre Zaragoza en verano de 1937: «Los jefes, acostumbrados a combatir en posiciones y con un enemigo fijado en ellas, sienten temor al vacío, sobre todo cuando el espacio en que han de caer supera sus posibilidades de combate. En una palabra, se sabe combatir en posiciones pero no maniobrar»³². Además, en innumerables ocasiones, las tropas republicanas tuvieron graves crisis de pánico que les hizo desguarnecer, sin causa justificada, posiciones costosamente conquistadas. El general Rojo señaló varios casos, entre ellos algunos momentos de las ofensivas de Brunete y Teruel: «Un pánico producido al atardecer en los elementos avanzados provocó inesperadamente el repliegue a la base de partida de todas las unidades que con gran esfuerzo habían logrado penetrar en la organización defensiva adversaria»³³; «El pánico, al que nuestras tropas, fáciles a la sugestión, han sido propensas durante toda la campaña, se manifestaba en Teruel con graves caracteres»³⁴. El miedo al vacío, junto a las inesperadas espantadas de algunas unidades y la progresiva insuficiencia de los apoyos de fuego encorsetaban la

²⁹ Según la RAE, se define “quinta columna” a aquel grupo organizado que en un país en guerra actúa clandestinamente en favor del enemigo. La expresión parece haber sido acuñada por el general Mola en referencia a los activistas contrarios a la República que se hallaban en Madrid después del alzamiento y que debían facilitar la ocupación de la ciudad a las cuatro columnas que se tenía proyectado enviar hacia la misma.

³⁰ DIDOM: *Empleo de las Fuerzas Terrestres...*, ob. cit., p. 3-2.

³¹ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra...*, ob. cit., p. 73.

³² *Ibíd.*, p. 123.

³³ *Ibíd.*, p. 106.

³⁴ *Ibíd.*, p. 141.

maniobra del Ejército Popular, que tan sólo pudo conseguir algunos éxitos limitados, nunca una victoria decisiva.

En relación a los apoyos de fuego, un factor importante a reseñar es el poder del arma aérea, estrenada en todas sus capacidades durante la Guerra Civil³⁵. España fue un verdadero banco de pruebas de la aviación, utilizada a efectos militares en el norte de África y en la 1ª Guerra Mundial. Sin embargo, es ahora cuando se pone en práctica la diversidad de las misiones aéreas, desde la utilización en apoyo táctico a las unidades terrestres al transporte de tropas y a los bombardeos estratégicos con efecto psicológico sobre las poblaciones. Desde el principio de la guerra se hizo evidente que el movimiento de las columnas, en especial de las unidades motorizadas o blindadas, no se podía realizar con seguridad sin la cobertura de la aviación, que podía dar continuidad a los apoyos de fuego allí donde no llegaba la artillería. Recordemos que una de las causas del desastre italiano en Guadalajara fue la imposibilidad de recibir apoyos aéreos en su avance, ya que las pistas de aviación nacionales habían quedado inservibles debido a las inclemencias del tiempo, circunstancia que perjudicó menos a los republicanos, ya que su aviación podía contar con pistas asfaltadas. Por otro lado, los bombardeos a poblaciones tuvieron un escaso valor táctico y graves consecuencias mediáticas, como el caso de Guernica o el de Cabra. En cambio, a nivel estratégico, sí que dieron mejor resultado a costa de la muerte de personas no-combatientes, aumentando la sensación de vulnerabilidad de las poblaciones y sembrando dudas sobre la victoria final. Aunque hartó inhumano, sería un procedimiento utilizado profusamente en la 2ª Guerra Mundial.

Ambos bandos iniciarían una carrera armamentística para conseguir la superioridad aérea, siendo el nacional el que conseguiría una primera ventaja en el verano de 1936, que facilitaría el paso del Estrecho de sus mejores tropas. La adquisición de material soviético por la República le permitió disfrutar de cierta ventaja que se hizo patente en el Jarama y en Guadalajara. Sin embargo, la Legión Cóndor alemana y la Aviación Legionaria italiana reequilibraron la balanza en el verano de 1937 y, a partir de la caída del frente Norte, la aviación nacional ya no perdió la superioridad en el aire. La pérdida del tejido industrial en la fachada cantábrica y la concentración de los esfuerzos nacionales en un único frente fueron fatales para la República, que ya sólo podía contar con el factor sorpresa para imponerse, aunque fuera momentáneamente, al Ejército Nacional. En palabras de Azaña, «durante la última campaña de Cataluña, la aviación del enemigo era seis o siete veces más numerosa que la republicana. La artillería, diez veces superior en cuanto al número»³⁶. Por otro lado, Franco concentró la gestión de su aviación en un único mando y con una visión de conjunto, a pesar de que alemanes e italianos obraron en ocasiones de forma independiente, mientras que la aviación republicana mantuvo sus recursos disgregados, física y operativamente, en hasta ocho regiones aéreas, cada una de ellas con su propio Estado Mayor y con responsabilidad en un determinado frente.

Salvo contadas excepciones, el Ejército Nacional fue capaz de obtener rápidamente la superioridad local en apoyos de fuego, facilitando la consecución de sus objetivos tácticos,

³⁵ SALAS, J. M.: "Apoyo aéreo en la Guerra Civil española". En *Aproximación a la Historia militar de España*, vol. 2. Ministerio de Defensa, Madrid. 2006, pp. 669-681.

³⁶ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 77.

buscados siempre con gran intensidad y siguiendo la máxima de avanzar y avanzar. Sin embargo, al infravalorar casi siempre la fuerza del enemigo y su capacidad de reacción, se encontró a veces con situaciones inesperadas que hubo de reconducir con gran esfuerzo y sacrificio, dos de las virtudes principales de las tropas nacionales.

5. Conclusiones

Del análisis de las circunstancias planteadas en el apartado anterior se desprende que el bando nacional consiguió aplicar con mayor acierto los principios fundamentales de la guerra y que esa fue la causa fundamental de su victoria por las armas. Sin embargo, en la guerra valen de poco los dogmas, tan sólo la certeza del resultado final. El general Rojo considera que «los principios son ideas; que la guerra es acción, y que la acción bien conducida es la que está gobernada por un Jefe con ideas claras, precisas, que hayan creado en él la persuasión de que su Decisión, no será buena por sabia, sino porque, en cada caso, sea la que resuelva del modo más concluyente y absoluto la situación planteada»³⁷. Pocas opciones tuvo la República de sobreponerse a los graves errores cometidos al comienzo del conflicto, véase la autodestrucción de sus recursos militares, la indisciplina de las milicias, la heterogeneidad de intereses de sus partidarios o la falta de solidaridad entre los distintos organismos políticos. El desamparo de los regímenes democráticos, mientras los nacionales recibían una ayuda inestimable por parte de las potencias totalitarias, y la estrategia dilatoria con objeto de redimensionar la guerra a una escala europea, o quizás mundial, sellaron, sin duda, el destino de la República. A pesar de la voluntad del Ejército Popular, levantado precipitadamente y siempre lastrado por la falta de medios y por la intromisión política, fue derrotado plenamente en el campo de batalla y no pudo imponerse a su rival más allá de los pocos éxitos puntuales que alcanzó a nivel táctico.

Una de las primeras lecciones que podemos extraer de la Guerra Civil es la realidad del padecimiento del pueblo español: «A lo largo del calvario pasado y presente de España, la verdad del sacrificio del hombre español es la lección que se perpetúa para alumbrar los derroteros del destino de nuestro pueblo»³⁸. La lucha fue muy intensa y no escasearon por ambas partes los hechos heroicos protagonizados por el soldado español. Buena prueba de ello es que el bando nacional concedió 67 Cruces Laureadas de San Fernando individuales (máxima condecoración militar en tiempo de guerra), 23 de las cuales fueron impuestas durante la guerra; mientras que en el bando republicano se entregaron 18 Placas Laureadas de Madrid (equivalente a la anterior), teniendo en cuenta que, al ser derrotado, no entregó ninguna más después de 1939. En cuanto a las pérdidas humanas, las cifras generalmente aceptadas rondan el medio millón de muertos y otro tanto de exiliados, sin contar los mutilados y el impacto demográfico que dejó en la siguiente generación el descenso drástico de la tasa de nacimientos. Según los datos estadísticos, mientras que la mortalidad aumentaba tres puntos y medio entre 1935-1938 (15,58-19,02 por mil), los nacimientos disminuyeron en más de ocho puntos durante el periodo 1936-1939 (24,59-16,29 por mil),

³⁷ ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra...*, ob. cit., p. 89.

³⁸ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 200.

llegando incluso a ser negativo el crecimiento vegetativo en el año 1939 (-1,95 por mil)³⁹. Otras secuelas que dejó la guerra fueron el hambre, las destrucciones y los odios desatados entre la población. Como señaló Azaña, con la guerra, «iban a perderse los más preciados valores del patrimonio nacional. Vidas y bienes, para siempre. Hábitos de trabajo, independencia del espíritu, captado por todos los fanatismos. Se ganarían odios incurables y la lesión moral recibida por las generaciones más jóvenes. En España, a ambos lados de las trincheras, y en el extranjero, se hacían cábalas sobre quién ganaría la guerra. En realidad, la guerra no la han perdido sólo la República y sus defensores. La han perdido todos los españoles»⁴⁰.

La represión política desatada por el régimen franquista provocó rencores que han llegado hasta nuestros días. Faltó generosidad, como tampoco la hubo por parte de algunas instancias republicanas durante el conflicto, un comportamiento distinto al vivido, más allá de la dureza de los combates, en las trincheras por los combatientes de ambos bandos. En el último avance nacional, los soldados republicanos, cansados de la guerra y convencidos de la derrota, no opusieron gran resistencia y, en algunos casos, abandonaron las posiciones para dar la bienvenida a sus enemigos y celebrar juntos el fin de la guerra:

«Tan espontáneos brotes de fraternidad hicieron exclamar a Casado: “¡Quiere usted nada más elocuente y más hermoso que la paz haya empezado por abajo!” Lamentablemente, las autoridades del bando vencedor no suscribieron aquel esperanzador anhelo de pacífica convivencia. Durante casi cuarenta años, decididas a no olvidar ni perdonar, mantuvieron vivo el clima bélico, sin parecer advertir que la inmensa mayoría de la población, tanto la que había combatido como sus hijos, había asumido y sintonizado plenamente con el ambiente vivido en las trincheras en los tres últimos días de la guerra»⁴¹.

Otra lección que debemos extraer de estas enseñanzas es que pocas cosas en la historia suelen ocurrir al azar y que la derrota de la República responde a una serie de circunstancias que la condujeron inevitablemente a ese final. Hemos señalado algunas de ellas, pero quizás algunas de las no menos importantes fueron la insolidaridad y el derrotismo (sexta columna), que se manifestaron pronto en las filas republicanas. Azaña describió así una de las claves de la derrota:

«Es un hecho innegable que la voluntad de resistencia fue general, mientras las masas creyeron en la eficacia de resistir para salvar a la República. Era también evidente que en perdiéndose la esperanza, nadie podría obtener, ni por persuasión ni por la violencia, un sacrificio más. Esto es así, por las condiciones actuales de la guerra, que no se hace únicamente con los ejércitos en línea, sino con toda la retaguardia, de cuya moral se alimenta la del soldado. Es necesario recordar, para levantarla a la altura de su mérito, la abnegación de una gran masa, clase media y obreros, sacrificando, quién su trabajo, quién su bienestar, todos la tranquilidad y la alegría, muchos la vida. De cuanto se ha visto en el campo republicano, eso es lo más puro, lo intachable sin disputa. Que unos sacripantes,

³⁹ Anuario de 1943, Fondo documental del Instituto Nacional de Estadística.

⁴⁰ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 138.

⁴¹ PUELL, F. - HUERTA, J. A.: *Atlas de la Guerra Civil española. Antecedentes, operaciones y secuelas militares (1931-1945)*. Editorial Síntesis, Madrid. 2007, p. 224.

altos o bajos, hayan realizado, por diversos estilos, un sabotaje siniestro, esclarece la humilde virtud de los que han cumplido con su deber. Derrumbarse la República les ha arrancado lágrimas de rabia; una rabia que no se dirigirá siempre contra los vencedores»⁴².

El general Rojo es aún más contundente y apunta que las políticas de partido hicieron insostenible la II República española y entorpecieron gravemente el buen funcionamiento de su aparato militar:

«Al contemplar el cuadro del drama español, podemos decir que hemos perdido la guerra porque fuimos cobardes por inacción política antes y durante la guerra: al no tener valor para destruir corruptelas, venalidades y toda la gama de vicios de que no supo curarse la República, conformándose con la sanción fácil y el menor esfuerzo; al no afrontar resueltamente las aspiraciones de regeneración, respetando en cambio, servidumbre o influencias de poderes extraños, y al preferir egoístamente que se perpetuasen los mezquinos intereses partidarios, o personales, o de secta, o de casta. Todo ello creaba la desunión, la desconfianza, el descrédito, la desmoralización y la discordia, haciendo imposible que se pudieran recoger, exaltar y manejar útilmente, antes de la guerra y durante ésta, las virtudes y características raciales de nuestro pueblo y, con el inmenso poder creador que éste ha demostrado, realizar la obra ansiada por la nación española»⁴³.

Terminaremos este trabajo con la última de las lecciones que creemos es nuestra obligación de historiador exponer. Han pasado 73 años desde el final de la Guerra Civil y 37 años desde la muerte del general Franco. Pocos son ya los testigos directos de aquella guerra fratricida cuya memoria nos ha enfrentado ideológicamente a los españoles durante varias generaciones. Hora es quizás de asumir el pasado como fue y de no utilizarlo en el presente con fines electoralistas ni con la funesta intención de mantener artificialmente el cisma político en nuestra sociedad, como parece que es el deseo de muchos. Ni que decir tiene que toda guerra, pero en especial una guerra civil, evidencia el fracaso de la razón y que es siempre el producto de una serie de desajustes sociales, económicos o de cualquier tipo que pueden subsistir en una comunidad política, incoherencias que no han podido ser resueltas de manera conveniente y que acaban por conducir a las sociedades al borde del abismo y al enfrentamiento. Romper este ciclo no es fácil, pero siempre posible, aunque depende mucho de la calidad humana de su clase política; en ocasiones la guerra puede ser conjurada por los buenos oficios de los diplomáticos, otras veces, cuando el entendimiento entre las partes es imposible, puede llegar a ser inevitable.

Azaña consideraba que la Guerra Civil no estaba justificada, que la República podría haber solventado con éxito sus deficiencias, incluso aquellos males que le achacaban sus detractores. Éstos, por su lado, no estaban tan convencidos y atentaron conscientemente contra el poder establecido por las urnas para imponer otro que consideraban más acorde con la realidad socio-histórica del pueblo español. El hecho es que hubo una conflagración bélica y que el bando rebelde consiguió la victoria por las armas, ante la impotencia de las fuerzas de la República. Hemos apuntado en las páginas anteriores las deficiencias militares que condujeron a la derrota del Ejército Popular, poco más nos resta añadir cuando los

⁴² AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., pp. 133-134.

⁴³ ROJO, V.: *España Heroica...*, ob. cit., p. 208.

mismos dirigentes republicanos reconocieron casi contemporáneamente sus deficiencias. Después llegó la represión llevada a cabo por el régimen franquista surgido de la guerra, la transición hacia la democracia y la Constitución española de 1978, que cierra este ciclo histórico. Con la llegada de la democracia se trabajó para cerrar las heridas de la Guerra Civil y, por un momento, parecía que sería posible gozar al fin de la paz que no tuvieron nuestros padres y abuelos. Sin embargo, muy pronto volvería la escisión. Los españoles de un color se identificaron con una España ya desaparecida y señalaron a los del otro color como los herederos de aquella otra España, también extinta, que habían combatido en la Guerra Civil. Más que asumir la historia y mirar abiertamente hacia el futuro, como hace cualquier pueblo sensato, los españoles de todos los bandos siguen buscando en un pasado idealizado la justificación de su presente y se creen en la obligación de desenmascarar al enemigo irreconciliable que vive en sus casas. Éste es un síntoma de nuestro fracaso como pueblo, incapaz de enterrar para siempre sus miserias y de aprender a extraer aquellas enseñanzas de la historia que le puedan servir para afrontar mejor su futuro como colectividad. Si persistimos en esta conducta suicida nos tememos que recobrará de nuevo todo su sentido aquella frase de Azaña que sentenciaba: «la experiencia implacable reparará sus lecciones a quienes más falta les hagan»⁴⁴.

6. Referencias

- AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España (Prólogo de Gabriel Jackson)*. Crítica, Barcelona. 2009.
- ALONSO, L. - MARTÍNEZ-KLEISER, L.: *Introducción a la Historia Militar. Siglo XX (1900-1939)*. Academia General Militar de Zaragoza. 1988.
- CASTILLO, F.: “La figura del Comisariado político en la Guerra Civil española”. En *Aproximación a la Historia militar de España*, vol. 2. Ministerio de Defensa, Madrid. 2006, pp. 651-667.
- Mando de Adiestramiento y Doctrina (DIDOM): *Empleo de las Fuerzas Terrestres*. Ministerio de Defensa, Madrid. 2011.
- MUÑOZ, R.: “La Guerra Civil (1936-1939)”. En *Aproximación a la Historia militar de España*, vol. 2. Ministerio de Defensa, Madrid. 2006, pp. 627-649.
- PUELL, F. - HUERTA, J. A.: *Atlas de la Guerra Civil española. Antecedentes, operaciones y secuelas militares (1931-1945)*. Editorial Síntesis, Madrid. 2007.
- ROJO, V.: *España Heroica (Diez bocetos de la guerra española)*. Editorial Americalee, Buenos Aires. 1942.
- ROJO, V.: *Elementos del arte de la Guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid. 1988.
- SALAS, J. M.: “Apoyo aéreo en la Guerra Civil española”. En *Aproximación a la Historia militar de España*, vol. 2. Ministerio de Defensa, Madrid. 2006, pp. 669-681.

⁴⁴ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España...*, ob. cit., p. 90.